

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

LOS VERDUGOS DE LA CIVILIZACION

Vuelven a aparecer en la prensa diaria cablegramas portadores de informaciones inevitablemente tendenciosas, referentes a pretendidas alteraciones del orden en China. Se principia por hablar de intolerancia religiosa. Los estudiantes serían los responsables directos. El gobierno de la república fué obligado, por insistencia del cuerpo diplomático, a promulgar un decreto para que cesara la propaganda anticristiana realizada por determinadas organizaciones. Se dijo que el cristianismo sería protegido en el territorio chino. ¿Es que un dios tan poderoso como Jehová necesita protecciones extrañas? Posiblemente, de tanto descansar, ya perdió el costumbre de confeccionar milagros al gusto del consumidor, y los creyentes de hoy se fían más en la boca de los fusiles, en las cachiporras y en otras armas igualmente contundentes, que en su propia fé. Tienen un ojo en el cielo y otro en los valores de la renta del Estado. Por eso piden refuerzos para las tropas que guardan las iglesias cristianas que hay en China.

El hecho es que el odio, que los extranjeros de toda laya y condición fueron acumulando durante más de un siglo de fementido e irónico protectorado, se está revolviendo contro ellos en forma de un turbión de iras reconcentradas, de destruirlo todo a sangre y fuego, que no tiene miras de amainar todavía por mucho tiempo. Aviva esas hogueras de odios y venganzas la vecindad contagiosa de la Rusia de los Soviets. Pero su influencia no es tan intensa ni tan difundida como quisieran dar a entender los capitalistas de allá, de Cantón, de Shangay y otros puntos de parecida importancia.

Esta situación de dependencia de las masas obreras chinas, no podía seguir indefinidamente... Poco a poco y a medida que las vejaciones se hacían más numerosas, la conciencia nacional fué despertando y ella hubo de dar consecuentemente los frutos sacrosantos del odio y de la rebelión contra lo que la envilecía y trataba de sumirla en la podredumbre moral. El letal, el deletéreo tóxico del opio y de sus derivados, cautelosa y premeditadamente infiltrados en las arterias más vitales del gigantesco organismo vivo de la nación china, no es ya suficiente para domeñar su alma, manteniéndola en la esclavitud y en la humillación. Y ellos, los poderes burgueses, los representantes de las potencias imperialistas, se niegan a reconocer los hechos consumados y a los cuales ellos contribuyeron en mayor parte en apresurar su consumación; y asimismo se negarán a reconocer los que se producirán fatalmente, a pesar de sus patoleos, calumnias y ridículas mentiras de auténticos avestruces, animalitos que al esconder la cabeza se creen ya en salvo. Y es precisamente por esas burdas mentiras que se pierden en un absoluto desprestigio moral.

Se sigue propalando la solapada versión de que las hilanderías de Shangay se hallan en trances sumamente críticos. ¡Pobrecitas ellas! ¿Qué les pasa a ellas, a sus dueños y a sus capataces? Nada más que varios centenares de obreros se declararon en huelga. Claro, eso les perjudica, pero no tanto quizás como a los mismos huelguistas. A éstos se les acusa de haber muerto a un capataz japonés y haber deteriorado el material. Son todavía muy civiles, muy mansos los huelguistas chinos que sólo matan un capataz y se contentan con deteriorar el material, en vez de destruirlo, quemarlo. Lo que habrá de cierto, la millésima parte de verdad que hay en estas infor-

maciones casi siempre tendenciosas, es difícil averiguarlo desde aquí, a la distancia. Recordemos únicamente que allí, en las hilanderías, el capataz inglés o japonés es el amo indiscutible y la población china no es más que un rebaño de esclavos para ellos. Se les hace trabajar durante quince horas por una paga de dos francos diarios. Allí, para economizar salarios, se hacía, se hace y se hará todavía trabajar niños de cinco a doce años, y se les daba y se les da en salario un par de peniques. Allí han sido apaleados brutalmente hasta el punto de necesitar varios días de hospital para reponerse, niñas de siete a doce años, sorprendidas por los capataces al cabo de doce horas de trabajo extenuante...

Esto, y el procedimiento de la manguera de agua para el chico que inopinadamente se quedaba dormido sobre la labor, es lo que se pudo averiguar en las pasadas huelgas que provocaron los grandes disturbios de Shangay y Cantón,

cuando la policía inglesa, secundada por las guardias blancas y la milicia extranjera, disparó friamente sobre la multitud de hombres, mujeres y niños, dejando las calles cubiertas de cadáveres, que no eran de amotinados, sino de mártires. ¿Qué es lo que sucede ahora, en este preciso momento, que los directores de las grandes compañías hilanderas de seda y algodón de Shangay, levantan sus clamores en son de pedir auxilio al todopoderoso y a los cañones de las escuadras de sus naciones? Cuando los cocodrilos lagriman es porque están por manducar se la presa. Es posible que aquellos, los propietarios y gerentes de fábricas, después de tanto apretar el torniquete de las necesidades de sus trabajadores, quienes en la disyuntiva de dejarse ahogar sin protestar, optaron por rebelarse violentamente, les haya entrado un poco de miedo o finjen sentirlo para luego poder tomar la revancha sangrientamente.

De todos modos, la campaña antixtrajera en China cunde con deflagradora rapidez para extenderse por casi todo el país.

Es que las aves carníceras, buitres y otras especies, que son las grandes potencias imperialistas, contaban nutrirse con una raza muerta para siempre en su vida nacional. Y malos estudiantes de

historia y peores filósofos los estadistas europeos, no quisieron darse cuenta que la nación china, que por un milenio antes había sido civilizada en un sentido mucho más elevado que el concepto contemporáneo, conservaba una reserva de energías espirituales más intensa que sus presuntos conquistadores de hecho y no por derecho de una superior valía. Un país, con sus tradiciones filosóficas, morales e históricas; con una religión que por su substrato de amor panteísta dió nacimiento a todas las existentes; con un pasado glorioso de arte a cuestas, con todas estas preesas del intelecto humano elaboradas largamente entidades vivas, son organismos vivos que jamás podrán ser colonizados, porque además son el bloque indisoluble que constituye el alma, o si se quiere, la esencia de una raza. El alma de una raza no muere nunca; tiene sus períodos de sueño hipnótico. Y tarde o temprano despertará para reanudar el hilo de su vida con más fervor e intensidad. Es lo que está aconteciendo en China, y con algunos pueblos orientales más.

Si los factores económicos ejercen también su preponderancia, no es ni continuamente ni de una manera capital.

Alianzas secretas

Se ha dicho que la creación de la Liga de las Naciones, decapitaria de un solo tajo la antigua diplomacia, empedernida zurcidora de alianzas secretas. Ni los principales auspiciadores de ese organismo internacional creyeron que eso sería factible en la práctica. Ni Clemenceau, ni Lloyd George, ni Nitzi, personajes y figuras de la antigua escuela, fundada por Talleyrand y perfeccionada por Bismarck, quien decía que los tratados se conciertan para violarlos cuando no le convengan al más poderoso de los contratantes, podrían creer en esa mentira exclusivamente destinada a atemperar, mejor, a embucar una porción del mundo, la más crédula. Hoy se ha olvidado todo recato, y las alianzas secretas se hallan hasta de moda.

En vísperas de la entrada de Alemania en la Liga, mientras se riñe una pelea que recuerda un poco a las comadres desocupadas, para saber si se le otorgará a este nuevo miembro un asiento permanente en el Consejo de esa institución, un diputado francés, en plena Cámara, en una discusión con Briand, le aconsejaba que en vez de celebrar el pacto de Locarno, hubiera podido buscar las alianzas protectoras de Estados Unidos, Inglaterra y Japón. El antiguo sindicalista, convertido en ministro por su ductibilidad ideológica, de la que más nutre y calienta, replicó que precisamente esos pactos "habían evitado la era de los tratados de mutua defensa, peligrosos para la paz inmediata de Europa", desbaratando así el pacto ruso-alemán casi a punto de celebrarse.

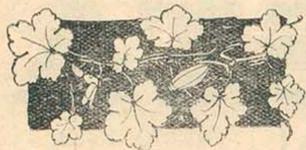
Cualquier criatura racional, qué decimos, hasta ese antiquísimo filósofo que se llamó Pero Grullo, se plantearía esta simple y decisiva pregunta: ¿Está de más la Liga de las Naciones, con su burocrática arca de Noé, o lo están los tratados secretos?

Si las alianzas, tildadas de mutua defensa, y que en cambio son de contra-ata-

DESPUES DE LAS ELECCIONES!



Aunque cambie de ginete, y éste transforme continuamente de indumentaria, el peso para el pueblo, es siempre el mismo, cuando no aumenta.



que o con meros fines imperialistas, se fraguan en la sombra de las cancellerías, en un solo anhelo de acoger a más débil, fuera de la égida de las deliberaciones de ese mastodóntico organismo, razones de cordura deberían hacerlo desaparecer insensiblemente. Es que nunca la cordura abundó en este mundo. Pero no somos nosotros, los acérrimos enemigos de toda entidad oficial, quienes estamos solos en creer que es inútil, que está absolutamente de más, sino sus mismos principales miembros sostenedores, que fingen acatar la autoridad de sus fallos cuando más les conviene, están archiconvencidos de ello. Voluntariamente se han ido reshalando hasta sumirse en el cinismo más desvergonzado. Ya nada ocultan. Juegan con cartas vistas. Proclaman abiertamente sus chanchullos internacionales y se reparten el botín a regañadientes, como verdaderos cómplices. El Alto Adige hace que gruñan Italia contra la posible ingerencia de la Liga, Siria le arranca ladridos a Francia, Inglaterra rebuzna contra las potencias que intentan desconcertar sus negocios de China y en muchas otras partes. En efecto, un incomparable cóncave de bandoleros y filibusteros de alto copete.

Claramente, desde la más remota antigüedad, todos los gobiernos medraron del crimen y de la rapiña a mano armada, pero hubo épocas de más templanza y de más discreción.

Lo grave, lo enormemente grave es que las víctimas de estos bandoleros tardan tanto en convencerse, en enterarse de esa inútil carga del mastodóntico organismo internacional que deberán soportar sobre sus anchos lomos, con las otras tantas que va le pesaban. Mientras que los estadistas, los políticos, los juriconsultos a sueldo de sus respectivos gobiernos, lo emplearán sólo como una amplia base para enjuagar sus asuntos sucios...

El duque de Northumberland

Acerc a y referente a la campaña política y con indudables fines electorales, que iniciara el conocido malabarista Lloyd George, creímos oportuno traducir este simple suelto de nuestro colega anarquista "Freedom". Seguramente se hallará más penetrado de la cuestión en debate que nosotros, y aunque no abra juicios definitivos sobre el asunto, nos da por lo menos la fisonomía moral de un típico terrateniente inglés, uno de los más grandes propietarios de tierras de Gran Bretaña.

El duque de Northumberland está olfateando el peligro que entraña la agitación contra los latifundios de la Gran Bretaña, y descolgó las armas de su panoplia nobiliaria en defensa de la clase a la cual pertenece. Replicando a Mac-Laren, M. del parlamento, niega la aserción de su contrincante, quien afirmaba que "los títulos de propiedad están basados sobre el esfuerzo del trabajo humano, que los creó y los fué valorizando." Esto, según el duque, es contrario a toda ley, humana o divina, y agrega que las riquezas de los propietarios "son el producto de la labor del espíritu público y de la contracción al deber de varias generaciones de terratenientes."

¿Existe alguien que haya notado esa necesidad del espíritu público en los propietarios de grandes extensiones de tierra cuando alguna institución pública necesitó algún pedazo de tierra para construir una escuela o para abrir un camino o para realizar otras obras similares?

Es notorio y es del dominio de todos, que las municipalidades de cualquier lugar del país, tuvieron que pagar precios enormemente excesivos por la tierra empleada para esos casos. Cuando los ferrocarriles empezaron a invadir con sus rieles las camufladas, los propietarios de tierras pidieron sumas fabulosas para permitir que las vías cruzaran en sus campos,

y algunos opusieron una negativa absoluta. Ellos llegaron a desalojar a sus colonos o a sus mediadores, echando abajo sus viviendas, porque argüían que les afecaban el panorama, que rodeaba sus mansiones, sus castillos, y dejaban incultivadas y sin habitantes inmensas extensiones de sus dominios para dedicárselas exclusivamente a sus deportes. Como clase, los grandes terratenientes han sido los más sórdidamente rapaces, avaros y autocráticos en lo que concernía al bienestar colectivo. El duque habla del fundamento histórico y ético de la sociedad civilizada. La ética de la sociedad que él pretende defender se resume en estas palabras: *todo lo que hago está bien hecho*; y cuando llegue el caso combatirán bajo esa bandera.

El duque apela al rey como el más autorizado para conceder las tierras "a los más capaces de cuidarlas y hacerlas producir". Pero las concesiones de bosques y campos que los posteriores reyes regalaban a sus queridas o sus sirvientes, des-

pojando a los que las cultivaban, no es una evidencia en favor de la moralidad de los terratenientes. Dejando de lado este insignificante detalle, afirma que el valor de las grandes praderas es absolutamente nulo, y que "su presente valor ha sido creado, de una parte por la labor, y de la otra por espíritu de empresa y por la inteligencia y el capital del propietario."

Si a sus trabajadores se les antojase emigrar mañana mismo, las propiedades de tierra del duque habrían de convertirse en otras tantas praderas desiertas, cuyo valor es absolutamente nulo, según su propia confesión, a despecho de su espíritu emprendedor y de su gran inteligencia. El trabajo aplicado a la tierra es la única fuente de prosperidad y de riqueza, y este duque conoce esto tan bien como nosotros. Su defensa demuestra a todas luces el conocimiento de esta verdad y como se está difiriendo tan rápidamente de lo que no le resulta muy poco placentero. — *Freedom*.

FILOSOFIAS BARATAS

Se dirá que somos pendencieros, que buscamos desavenencias, que no somos tolerantes. Se han dicho de nosotros tantas cosas que no podemos ya tener en cuenta los pequeños adjetivos con que se trata de adornarnos, directa o indirectamente. Sin embargo estamos seguros de una cosa: no somos fanáticos, no somos sectarios, aunque nuestra manera de defender la causa que creemos justa nos lleve a ciertos extremos inevitables. La concepción de la anarquía que nosotros tenemos es ampísimas, hay en ella espacio para innumerables manifestaciones, para todos los temperamentos y todos los gustos, siempre que no contravengamos la base fundamental de la libertad para todos. Y nuestra amplitud en la concepción de la anarquía llega hasta el punto de no querer legislar el porvenir y someterlo al capricho de los dirigentes de tal o cual organismo obrero, dirigentes que pueden estar muy por debajo de la masa en su mentalidad y en su espíritu libertario.

Queremos la libertad para todos, no como una frase que pueda adoptarse por un Thiers o un Poincaré, sino como una realidad perfecta en la cual el "¡Haz lo que quieras!" tenga su libre curso y su valorización. No hay hombre más responsable de sus actos que el hombre libre, no hay armonía más perfecta que la armonía en la libertad de cada uno. Hasta aquí todos los ensayos de revoluciones se perdieron por el pecado original de la autoridad; es, pues, muy justo que nosotros querramos ensayar sin restricciones la revolución por la vida de la libertad. La libertad y la autoridad son términos absolutos, es decir no pueden marchar juntos simultáneamente; el que adopta el uno debe renunciar al otro, y renunciar no sólo exteriormente, en un discurso o en un artículo, sino interiormente, en toda la vida individual y colectiva.

Los que tratan de armonizar la libertad con la autoridad son nuevos impostores de los que es preciso huir más que de la peste, pues ellos son peor que la peste, son los que conspiran para perder y escamotear los frutos de la próxima revolución.

Se nos pide tolerancia a fin de no dar margen a conflictos internos. ¡Al diablo la tolerancia que deja crecer en el propio seno los buitres que nos sacarán los ojos, o los dictadores que nos harán fusilar cuando lleguen al poder! La tolerancia para con el mal es transigencia, es complicidad. Y como no queremos ser

cómplices de la guerra al anarquismo, no somos tolerantes con los adversarios de nuestras ideas, aunque se hayan refugiado en nuestras filas.

En España tenemos un espectáculo de los más curiosos y de los más desconsojadores. Gentes que se dicen anarquistas predicán el colaboracionismo con la burguesía y desean cooperar a la implantación de la república, porque se han formado una filosofía fatalista de la historia según la cual el porvenir tendrá que someterse en su advenimiento a tales y cuales leyes. Esas pobres gentes se meten en camisas de once varas. Poseen algunas nociones instructivas y además saben alinear frases, y con ello creen ya poseer el secreto de todo lo que existe y existirá. He ahí el resultado de una instrucción deficiente, mucho peor que la ignorancia, pues el ignorante de ciencias librecas, el analfabeto puede poseer un buen sentido alerta y un instinto vivo de lo bueno y de lo malo, de lo posible y de lo imposible; el semi instruido, al contrario, por haber leído un par de libros, cree que la función del sentido común es impropia de su sabiduría y al alinear sus frases en un artículo o en un discurso trabaja con las vagas nociones librecas que ha prendido con afiliteres en su cerebro, resultando un razonamiento sin pies ni cabeza, un parto ridículo de un cerebro desencajado.

En España tenemos, a consecuencia de ciertas pretensiones filosóficas y literarias, toda una gama de alquimistas de la revolución, para emplear la frase de Acha; unos pretenden que la cuestión social es un teorema de economía política, otros que es una cuestión de estética, otros que es un asunto que deben resolver los comités sindicales. Así todos esos alquimistas de la revolución se declaran anarquistas, pero anarquistas de días de fiesta; el anarquismo, según ellos, sería algo así como un traje dominguero para asistir solemnemente al club o al grupo de afinidad; para asistir al sindicato hay que cambiar de casaca; el anarquismo y el sindicato se repelen, según esos filosofillos, y en consecuencia es preciso separarlos y no consentir ese matrimonio excomulgado por los dictadores de Moscú o por los saltimbanquis del sindicalismo francés.

Lo peor, lo más irritante en todo, es que esa manifestación antianarquista no surge en el proletariado español, histórica-

mente anárquico, por naturaleza y educación, sino que es un mero entretenimiento literario de ciertos anarquistas o supuestos tales. Se comprendería que esa oposición antianarquista surgiese de una fracción adversa, como la de los comunistas, o que fuera un fruto espontáneo de las masas proletarias, convencidas ya de que la anarquía no es el norte hacia el cual deben dirigir sus pasos. Eso lo entenderíamos y procuraríamos esforzarnos por contrarrestar esa tendencia. Pero cuando son supuestos anarquistas los que quieren separar el anarquismo del movimiento obrero en donde actúan, debe dispensarse de que, nuestro tono sea poco amistoso, y también debe permitirseles que dudemos de tales señores. Nuestra insistencia no trata de convencerlos a ellos, presentimos que tienen un interés especial en no ser convencidos.

Esos filósofos de pacotilla son amigos de las afirmaciones rotundas y son demagogos; para expulsar el anarquismo de la Confederación, se valen del sofisma de los sindicalistas de la *charte d'Amiens*; no quieren la intervención de los *partidos políticos* en el movimiento obrero, pero tras ese pensamiento no están los partidos políticos, pues la acción comunista en la Confederación es tan débil que no resistiría una semana la propaganda de nuestros camaradas; tras esos partidos políticos no están los burgueses separatistas de Cataluña, pues podríamos demostrar que los filosofillos de marras no rehuyen del todo la idea de una amorosa colaboración de clases; tras ese pensamiento, tras esa frase: *partidos políticos*, se subvierte el anarquismo, ¡y la mayoría de los que maniobran así aprobaron en el congreso de la Comedia la finalidad anarquista de la Confederación!

Dicen que los trabajadores de España "siempre acudieron a los sindicatos cuando la Confederación Nacional del Trabajo fue un organismo proletario de clases y no de *partido político*." Desde que se fundó el Internacional en España, el movimiento obrero de que la Confederación es lógica continuadora, fué un movimiento obrero que reconoció la anarquía como ideal de todas sus aspiraciones; se proclamó en los congresos, se divulgó por la prensa, por los manifiestos y se hizo carne en la fática de las luchas cotidianas. Querir negar eso es oficiar de embusteros.

La obra de los anarquistas en España es una obra digna y merecedora de ser defendida con tesón y con un poco de orgullo también. Hay pocos países que puedan mostrar un historial proletario tan heroico y en donde la anarquía haya alcanzado tal grado de difusión. Pero si nuestros precursores hubiesen pensado como estos filósofos de última hora, ¿podríamos decir otro tanto?

Otro asunto que está en discusión es el de la legalización de los sindicatos obreros confederales. El argumento que exponen es el de los defectos de la clandestinidad. Creemos que todos o la inmensa mayoría somos adversarios de la clandestinidad; no tenemos nada que hacer en las sombras del misterio. Nuestras ideas no tienen nada que ocultar y la gran tragedia es que no dispongamos de fuerzas y de elementos suficientes para gritar bien alto nuestro ideal como para

queremos plantear esta pregunta a los lectores del nuevo semanario de Barcelona, "Vida Sindical": si la *confederación Nacional del Trabajo* siguiese al pie de la letra las recomendaciones de los editores de ese periódico, ¿en qué se diferenciaría de la Unión General de Trabajadores?



EDUARD WECKERLE

EL HOMBRE Y LA MAQUINA

111

que no fuese ignorado por nadie. Nos es muy penoso constatar que son infinitamente más los que ignoran todo de nuestras ideas que los que han escuchado algo de ellas. En tanto que movimiento social, aspiramos a la luz del día, a un puesto al sol, tanto más cuanto que nuestra revolución no es un golpe de Estado ni una conspiración de opereta. Allí ellos los que no piensen así y prefieran la clandestinidad; es cosa que les afecta particularmente a ellos y no al movimiento general; este debe salir de las sombras conspirativas. En España hubo siempre el buen sentido de dirigirse a las grandes masas y de eludir los convencionalismos de la clandestinidad. Pero hubo momentos en que la dureza de las persecuciones obligó a nuestros camaradas a desaparecer de la superficie para encerrarse por decirlo así en las catacumbas. Esos períodos fueron de simple defensiva; cuando la posibilidad se volvió a presentar se volvió a la actividad pública, la única que permite crear un movimiento social de algunas proporciones.

Sin embargo, una cosa es combatir la clandestinidad innecesaria — como la de aquellos camaradas rusos que aun hoy mismo, en Estados Unidos, si publican un periódico lo hacen ilegalmente por hábito adquirido, aunque nadie les molestara si se ajustasen a las prescripciones legales existentes, lo cual aliviaría la labor — y otra cosa es el legalitarismo. En 1905, una conferencia de anarquistas rusos resolvió seguir actuando clandestinamente en caso de implantación de un régimen constitucional en Rusia, por considerar que si se aprovechaban de las libertades constitucionales de prensa y reunión, cometían un delito de lesa anarquía. Pero esa mentalidad no existió nunca entre los revolucionarios españoles.

Ser adversarios de la clandestinidad no equivale a ser partidarios de la legalidad. La legalidad de un movimiento obrero revolucionario es un contrasentido; además, realmente, es imposible. Los camaradas de Gijón presentan el ejemplo propio. Hemos dicho ya que Gijón no es Barcelona; el proletariado de Barcelona no podrá ajustarse jamás a las pautas que puedan convenir al de Gijón, por la razón comprensible que en Gijón no existe una fuerza obrera revolucionaria susceptible de provocar los conflictos que provoca la clase trabajadora de Barcelona. Si se quiere la legalidad para contribuir a matar el espíritu de rebelión del proletariado, hay que decirlo. Ignoramos cuáles son las condiciones de la actual legislación en España; igual nos ocurre con la legislación de todos los países; pero de una cosa estamos seguros: si los trabajadores españoles han de continuar su tradición de luchas y de organización, tendrán que seguir al margen de la intervención directa del Estado en su seno, pues la legalización equivale a invitar un huésped indeseable en la deliberación de nuestros asuntos.

Una vez los sindicatos legalizados, tendrán que someterse a los caprichos del gobierno y de los legisladores; según la ley, hay huelgas legales e ilegales, éstas muy numerosas y aquéllas muy inocentes; si no se declaran tales huelgas que las legales, el capitalismo puede dormir tranquilo; si se declaran huelgas ilegales, entonces ¿en qué queda la legalidad de los sindicatos? El gobierno procederá del mismo modo que hoy y los resultados serán los mismos. Si tenemos fuerza para resistir a las usurpaciones, obraremos como mejor nos convenga; si no tenemos fuerza para oponernos a la intervención gubernativa, obraremos como podamos.

Y ahora, sin apasionamiento alguno,

¿Ha perdido por fin la intervención de las máquinas sus peligros fatales para el proletariado, tales como nos son conocidos del comienzo de la revolución industrial? Sería una gran engaña querer afirmar positivamente esa pregunta. Somos de opinión que esos peligros continúan en pie en forma más bien agudísima que disminuida, y queremos declarar abiertamente que uno de los fines principales de este trabajo es llevar esa convicción a una mayor difusión. Indudablemente tenemos que reconocer que no nos es posible aquí demostrarlo en base a estadísticas. Eso podría únicamente hacerse en un trabajo que sobrepasaría los límites de este escrito, y además es problemático que los datos existentes den el material necesario. Debemos limitarnos, pues, en nuestras indicaciones a alguna mención de los fenómenos de nuestro tiempo y confiamos luego a la guía de la lógica.

¿Qué nos descubre una ojeada al desenvolvimiento industrial de las últimas décadas? Primeramente hay que constatar que muestra menos impulsos que el comienzo de la era del maquinismo y que en la mayor parte de las industrias se ha producido una cierta estabilidad — que, al menos antes de la guerra, hizo hablar ya a algunos de un agotamiento del espíritu inventivo. "Los hombres de la ciencia — declaró el propio Kropotkin (*Cámpos, Fábricas y Talleres*) — no inventan nada más o sólo inventan muy poco." A esa manera de ver llevó el hecho de haberse vuelto más raras las invenciones visibles para todos y de gran trascendencia y de basarse las innovaciones técnicas en lo esencial en perfeccionamientos de principios conocidos ya hace mucho tiempo. Pero los inventores, sin embargo, no han dormido. Marcharon en general por caminos menos ruidosos y obtuvieron en silencio éxito tras éxito que en su conjunto significan una nueva revolución técnica.

¿O no es justo hablar de una revolución cuando oímos que, por ejemplo, la producción anual de los altos hornos en Estados Unidos desde 1850 a 1919 aumentó en la proporción de 100 a 6151 (es decir 61 y media veces), pero el número de los obreros, en el mismo período, sólo aumentó en la proporción 100 a 188 — es decir, ni siquiera el doble? (*Enquêter sur la production*, tome 2, pág. 1248, edición de la Oficina internacional del trabajo de Ginebra). Además, el año 1919 es un año desproporcionadamente desfavorable para la comparación, que no permitió introducir aún los perfeccionamientos técnicos hechos durante la guerra.

Más claramente quizás se revela ese fenómeno en el último informe anual sobre el colosal aumento de producción de la Bethlehem Steel Corporation, fundada en 1904. Esa compañía ocupaba en el año de su fundación 9.500 obreros y producía 120.000 toneladas de acero. En 1924, el número de los empleados había ascendido a 70.000, es decir, la cifra de 1904 multiplicada por 7,3, pero la producción aumentó a 7.600.000 toneladas, es decir, la cifra de 1904 multiplicada por 63,3.

Tomemos otra industria americana sobre la cual tenemos cifras exactas, y no nos asombraremos menos del rápido desenvolvimiento del grado de productividad. Las fábricas norteamericanas de automóviles construyeron en 1899 con 2241 obreros, 3723 coches; en 1923 la producción alcanzó a 3.890.134 coches con 241.356 empleados. La producción au-

mentó, pues, en la proporción de 1 a 1044,4, pero el número de los obreros creció sólo en la proporción 1 a 107,6, es decir que manteniendo la misma proporción de obreros y producción de 1899, la producción de 1923 habría exigido aproximadamente diez veces más obreros. Hay que notar especialmente que la rápida multiplicación del grado de trabajo por obrero es menor en los últimos años. En 1909 la labor por obrero aumentó de 1,60 a 2,47 coches en el año, mientras que en 1914 alcanzaba 7,17, en 1921 11,15 y en 1923 16,11 coches.

Antes de examinar los medios por los cuales se obtuvo ese aumento de producción, quisiéramos prevenir expresamente sobre el error de pensar que el desenvolvimiento técnico se limita a las industrias aquí mencionadas. A donde quiera que dirijamos la vista, en todas partes vemos un avance continuo e incontestable en la mecanización de la producción y en la suplantación cada vez más vasta de los hombres por las máquinas. Incluso en la rama de producción primeramente capitalizada, la industria textil, por ejemplo, hoy en las fábricas textiles de las conocidas ciudades textiles norteamericanas Lawrence y Lowell (Massachusetts) que un sólo tejedor sirve a 40—60 telares en lugar de 6—8 antes de la guerra.

También en los ferrocarriles norteamericanos tiene lugar un aumento continuo del rendimiento. El mismo fenómeno se advierte por lo demás en los ferrocarriles canadienses. Como se desprende de una memoria de la asociación ferroviaria canadiense, 178.653 empleados servían en 1913 una red ferroviaria de 29.304 millas, mientras que en 1922 la red ferroviaria era de 39.773 millas y sólo ocupaba 165.652 personas.

Que se trata aquí de un fenómeno general y que se extiende a todas las industrias, es cosa que se desprende también de la memoria publicada por el National City Bank (New York). Según ella, la producción de 109 industrias americanas en 1923 aumentó en relación con 1921 un 52 por ciento, mientras que el número de las personas ocupadas sólo aumentó un 32 por ciento.

No hay ninguna exageración cuando Mr. Herbert Hoover, el ministro de comercio de Estados Unidos, en un discurso pronunciado el 8 de mayo de 1923 en la cámara de comercio de ese país, declara que el rendimiento por cabeza de la industria americana en los últimos diez años aumentó de 10 a 15 por ciento. Confirma también la exactitud de nuestro temor en relación con ese desenvolvimiento, la constatación de Hoover, según la cual la industria americana está en situación de asegurar a cada ciudadano el mismo confort a que estaba habituado antes de la guerra y simultáneamente pudo despedir dos millones de personas ocupadas antes.

No es una casualidad el haber hecho proceder la evolución de América en estas consideraciones. El desenvolvimiento industrial de América no sólo no fué perjudicado por la guerra, sino, al contrario, fomentado. Las modificaciones son allí más visibles que en otra parte y sólo puede ser problema de tiempo, la industria europea seguirá el camino indicado por América y se pondrá al nivel de la industria americana por el mejoramiento del aparato técnico de producción. En todo caso, la persistencia de la tensión actual es una imposibilidad que hace mucho comprendida por los industriales europeos y ya por eso es importante para los trabajadores conocer el curso de la industria norteamericana. América prescribe, en ese aspecto, a Europa el destino.

Entretanto la técnica no ha estado paralizada en Europa. Las guerras por las necesidades que se presentan y por la falta simultánea de brazos han obrado siempre revolucionariamente en la técnica y han tenido por consecuencia transformaciones en el proceso de producción. Si ese fenómeno no apareció esta vez en Europa en su completa magnitud, sólo

es porque el agotamiento económico y la inseguridad política no ha permitido aplicar en Europa prácticamente las experiencias acumuladas en la guerra para la producción de los tiempos de paz. Pero esa obstaculización es de carácter temporal y diversos síntomas muestran que el cambio brusco ha comenzado ya y que en todas partes se mueven cerebros y manos en el sentido de una considerable elevación de nuestro estado productivo, que tal vez en el curso de la próxima década sobrepasará el adelanto norteamericano. Sabios y técnicos, filósofos y poetas hablan ya de una nueva ola poderosa de la revolución industrial.

Mejor que en ninguna otra parte se ve ya eso en la construcción de vapores, donde se realiza con una celeridad tempestuosa la transición de la maquinaria para carbón a la navegación a petróleo y a los motores Diesel. Mientras que todavía en 1914 había un 88 por ciento del tonelaje mundial de los vapores organizados para el consumo de carbón y sólo 2,6 por ciento para el consumo de petróleo, esa proporción es en 1925 de 64,8 para los primeros y de 27,5 para los segundos. En el mismo tiempo la parte del tonelaje de vapores a motor subió de 0,5 a 4,5 por ciento, y la parte de los barcos de vela, que en 1890 estaban en proporción de 2 a 3 respecto de los barcos a vapor, retrocedieron de 8,1 a 3,5 por ciento. Calcúlese lo que se ahorra de personal por esas transformaciones en la navegación, mediante estos ejemplos: un vapor con 24 fuegos, que antes debía ocupar 18 foguistas, 18 ayudantes y 6 engrasadores, con el empleo de petróleo sólo necesita 6 foguistas, 3 ayudantes y 3 engrasadores. Con el empleo de los barcos a motor, el ahorro de personal es mayor aún, pues no hacen falta ni foguistas ni ayudantes.

La electrificación de los ferrocarriles, comenzada realmente con la guerra, conduce igualmente en su avance a un notable ahorro de personal. Primeramente serán superfluos los cargadores de carbón, que han podido ser fuertemente limitados por las perfeccionadas instalaciones de carga. Pero simultáneamente, la electrificación permite la realización del servicio con un personal menor en todo lo demás, pues los trenes corren con gran velocidad y las cargas pueden ser aumentadas. Esto sin hablar de la desaparición del vasto transporte de carbón para el consumo ferroviario. Otras innovaciones ferroviarias amenazan grupos enteros de obreros. Mencionemos sólo la introducción del freno automático en los trenes de carga, lo cual por ejemplo sólo en Baviera deja en la calle 1.300 de los 2.400 freneros de los trenes de carga y al mismo tiempo algunos centenares de guardas e inspectores.

También en el resto de las comunicaciones y los transportes pueden señalarse amplias innovaciones que limitan considerablemente el número de los obreros. El aumento creciente de autos facilita el transporte de mercaderías y ahorra cargas y descargas. Para las cortas distancias, una gran parte de los envíos de mercaderías va directamente del remitente al destinatario. Los carros de caballos desaparecen cada vez más de la calle y tienen que ceder el puesto a los medios de transporte nuevos, más rápidos y menos exigentes de personal.

Notables modificaciones pueden comprobarse también ante todo en las mejoras técnicas de los puertos marítimos e internos. Numerosísimos grúas y elevadores se han vuelto desde hace mucho





signos familiares de esos lugares de trabajo, pero esos aparatos terribles se han modificado mucho frente a aquellos que estaban en uso antes de la guerra. Han pasado a una prontitud de ejecución mucho mayor que sus antecesores. También aumentaron numéricamente. En la mayoría de los puertos modernos, el trabajo manual en la carga y la descarga — al menos en tanto que se trata de artículos en grandes cantidades, como carbón, metales, trigo, etc. — casi fue completamente suplantado. Casi todo el trabajo portuario se hace hoy por medio de máquinas. Llegó un vapor con trigo al puerto, se acerca a él un elevador flotante de trigo que absorbe automáticamente todos los rímelos del barco, pesa el trigo y lo distribuye en el depósito. Para la descarga de un vapor con 6.000 toneladas de trigo eran necesarios antes 150 obreros durante 7 u 8 días. Hoy ese trabajo es hecho por un moderno elevador en 20 horas y solo exige de 12 a 15 personas.

Las máquinas para las cargas y descargas de metales aumentaron especialmente en los últimos años. En 1912 se utilizaban, por ejemplo en el puerto de Rotterdam, a su empleo para una y medio por ciento de toda la importación y exportación de metales. Hoy casi no se usa el esfuerzo manual en ese trabajo. La descarga se opera por medio de aparatos que en una hora de actividad transportan 600 toneladas y más, es decir hacen en una sola hora más que antes 24 personas en una jornada de 10 horas.

Una significativa perfección la experimentó la técnica de los guinchos por la introducción en los últimos tiempos del magneto, este realiza verdaderas maravillas y substituye en puertos y fabricas grupos enteros de personas. Una fabrica inglesa dice al respecto (según *La Iron der Technik*, de Hans Günther, Verlag Kasper und Co.) que un magneto elevador de 130 cm. descargó en 7 minutos un vagón de virutas de acero, cuya labor habría ocupado cuatro hombres en cinco horas. "Un magneto elevador de 125 cm. cargó virutas de acero del montón en un vagón ferroviario; en 12 elevamientos durante 7 minutos levantó 5.000 kilos, es decir 400 kilos por elevamiento, aunque las virutas de acero forman uno de los materiales más difíciles de transportar... Un magneto de las mismas proporciones transporta en 8 horas 45 minutos 600 toneladas de hierro en bruto de los vagones al depósito. En todos estos casos el guincheo era la única persona ocupada en esa operación."

No menos interesante es otro ejemplo: "En una fabrica norteamericana de acero, la descarga de un barco de 2.000 toneladas de hierro en bruto por 24 obreros exige 48 horas, lo que equivale a una tonelada y media por obrero. La fabrica se procuró dos magnetos elevadores de 160 cm. que sólo necesitaban para su servicio dos personas. Esos magnetos transportan las 2.000 toneladas del barco al depósito en 11 horas, amontonado allí la carga en perfecto orden. Con ayuda de las nuevas manos de hierro dos obreros liquidan continuamente en los sucesivos el trabajo de 28 en poco menos que una cuarta parte del tiempo en pleado por éstos... Además se agregó la brevedad considerable de la estadia costosa del vapor, que repentinamente pudo hacer un cierto número de viajes más por año." Si se expresan esas ventajas en sumas monetarias, así dice el autor de donde tomamos estos datos — se advierte pronto que el magneto es una admirable caja de ahorro... El magneto elevador ha realizado en cierto sentido un pensamiento que constituía una broma favorita de la chocarrería: *la idea de un taller sin obreros*. El que visita hoy el depósito de una gran fabrica de acero, puede ver allí trenes enteros de hierro en bruto y elaborado, de lingotes y de columnas, que son descargados o cuya carga es depositada en extractos rellenos, en los cajones de los hornos, llevados a la escotilla o metidos en la prensa de empaquetar sin que se advierta un solo obrero. Hace aún muy pocos años los vagones estaban rodeados de enormes grupos de obreros que sudaban bajo

las pesadas cargas. La formidable diferencia entre antes y ahora la produjo el magneto elevador en relación con el guinche eléctrico, que se ve ir de un lado al otro velozmente. Un solo hombre sentado en la cabina del guinche, vigila y dirige todo el movimiento, una prueba evidente de la liberación del hombre por las máquinas."

Los acontecimientos de las otras industrias se manifiestan menos claramente. Pero permiten, sin embargo, algunas deducciones importantes. Por ejemplo el gobierno inglés responde a la Oficina Internacional del Trabajo (*Enquete de la production*, III, pag. 168-88) relativamente a la evolución de los instrumentos de trabajo desde el estallido de la guerra, que es innegable un aumento considerable en el ahorro de brazos humanos por la aplicación de máquinas. Es interesante la indicación que el empleo mayor de mujeres, ante todo en la industria de las municiones, llevó a la introducción de medios mecánicos de transporte, de pianos inclinados y otras simplificaciones. En las minas, como ya se ha dicho, las cavadoras a vapor encuentran un empleo creciente (números más exactos no existen, pero podría interesarnos el hecho que en las minas de carbón de Illinois en 1912 trabajaban con pica 37.000 mineros y con máquinas 16.500, mientras que la proporción en 1923 ha cambiado así: 21.500 obreros con pica y 43.000 con máquinas). Sobre la fabricación de instrumentos ópticos y de artículos de vidrio, se dice: Ese oficio era considerado como el dominio por excelencia del artesano ejercitado, pero cuanto más imperiosas se volvieron las demandas de esos productos, tanto más debió intentarse acelerar la producción. Esto se ha conseguido. Se inventaron máquinas para sellar los instrumentos ópticos necesitados en la guerra, para elaborar prismas y soplar el vidrio. Un prisma de buena calidad para un telescopio puede ser hecho actualmente en menos de 50 minutos, sólo se necesita darle la última forma. Antes se necesitaban cuatro horas de un buen obrero que dispusiera por lo menos de una práctica previa de ocho años.

Según el mismo informe se ha operado una transformación completa en el empleo de máquinas para el trabajo de la madera. Se comunican igualmente mejoramientos que ahorran muchas fuerzas obreras en la industria de la fabricación de máquinas, en la industria textil, en el transporte, etc.

Sobre la evolución de la industria inglesa en la fabricación de botellas, dice John Thompson, el secretario general de la asociación inglesa de vidrieros, que en 1914 había cinco máquinas Owen de hacer botellas y que su cifra ascendió en 1924 a 24. Simultáneamente la productividad de esas máquinas aumento por lo menos cinco veces, de manera que la producción anual puede estimarse en 200 millones de botellas (*A Brief History of the Glass Industry*).

(H. E. Miles, presidente de la *Fair Tariff League*, calcula en un artículo sobre *The Tariff and the Struggle of American Production* — aparecido en el *Monthly Journal*, junio de 1924, — la producción diaria de una maquina de fabricar botellas en los Estados Unidos en 50.400, lo que da 15 millones en una labor anual de 300 días y que por tanto sobrepasaría el término medio aceptado por Thompson).

Todos los informes mencionados en la encuesta de la Oficina Internacional del Trabajo concuerdan, pues, sin excepción, que la transición a las ocho horas no ha provocado en ningún país una disminución de la producción por obrero y por día o semana. Más bien se establece generalmente que la reducción de la jornada ha sido más equilibrada por la intensidad del trabajo, por la introducción de nuevas máquinas o aceleración del curso o por otros mejoramientos técnicos y orgánicos de los métodos de producción. La reducción de la jornada estimuló en todas partes una mayor mecanización del trabajo. Un resultado digno de mención se informa de una fabrica de jabón holandesa. Mediante la instalación de cuatro máquinas empaquetadoras se ha conseguido suplantarlo el trabajo de 63 mujeres. Para la vigilancia exigían esas máquinas en conjunto sólo 6 mujeres.

Preciosos detalles sobre el mismo asunto fueron publicados por el ministerio francés del trabajo. Se refieren a los establecimientos de las diversas indus-

CANALETTO

El paisaje es para el pintor el mejor medio de lograr plenamente la expresión de su sensibilidad. Parece que la naturaleza le sirva como texto o pretexto o un instrumento sobre el cual describiera el juego de la melodía que resuena en su interior. El retrato obliga al artista a descender a la profundidad de elementos extraños; en cambio el paisaje le prodiga la ocasión de desarrollarse plenamente sobre amplias superficies en el arabesco de la luz y del color, con la diversidad del follaje, la incesante metamorfosis de los cielos y la aparición súbita de los monumentos y de las figuras que introducen a la criatura humana en la naturale-



CANALETTO. — La Iglesia de la Salud. (Venecia)

za habitada antiguamente por las tinieblas. El paisaje no es una simple descripción; es, al contrario, un tema, sobre el cual Giorgione escribirá melodías en tonos menores, turbias y de una pasión ardiente, Vinci vastas armonías que desde la tierra se mezclan con las estrellas; y Turner crea coros de ángeles con lampos rutilantes que giran alrededor del sol. El paisaje es lazo más directo y al mismo tiempo más flexible, de la realidad de la vida a la fantasía del artista. El pintor se pierde y se encuentra, viendo en las florestas mirajes de los atormentados verdes de la fronda y una caída de sol, que son los reflejos de la divinidad. Merced a concordancias extrañas, vuelve a hallar bajo lo exterior y bajo lo visible, presencias que animan las cosas y se acercan a nosotros. Es por eso que encontramos en un paisaje el motivo, el pintor y a nosotros mismos, con nuevos recuerdos y ensueños...

Y ninguna ciudad mejor que Venecia ofrecía a los artistas la tentación de abandonarse, de anudarse en ella. Los acordes del flauto de Cima de Cornenano, los *lieder* de Carpaccio, el contrato del Ticiano, las lanternas del Tintoretto, surgían de la ciudad y del paisaje, de piedras rosas, verdes, de las aguas inquietas, de la laguna irisada, del mar agitado, fantasmagoría que juega con el aire, la nube y el sol. Lo pinoreseo de las calles, los variados colores, desten-

trías y confirman completamente las experiencias hechas en otros países (*Bulletin du Ministère du Travail*, Paris, 1924).

Sobre Alemania existe muy poco material. Aquí no se emprendieron los más insignificantes esfuerzos por el perfeccionamiento técnico de los métodos de producción, lo que se explica por el hecho que durante el período de la inflación los salarios obreros han formado una parte mínima de los gastos de producción y en consecuencia no incitaron a la instalación de nuevas y costosas máquinas. Pero con la estabilización de la moneda es otra cosa. Ahora la industria alemana dirige mayor atención al aparato técnico de producción y trata de alcanzar y sobrepasar el adelanto hecho por otros países. La discusión detenida en la prensa capitalista de los métodos de Ford es una prueba al respecto.

hantes de esplendor, de los palacios ducales y los fastos exóticos: el Bucentauro, lanzado hacia la unión fabulosa de un príncipe con el mar; la voluptuosidad de los caprichos sensuales de una vida lánguida, Venecia, en fin, todo aquello que debía inspirar a pintores inigualados y que nos es revelado por ellos, con toda la gracia de su rostro antiguo. Y éste, que conservara tantos rasgos de su fisionomía de hoy, los vamos reconociendo paso a paso, al volver una calle, en el súbitaneo deslumbramiento de un *sottoparco* abierto al sol, y se parecen a los cuadros de Guardi, de Belloto o de Canaletto. Pues que esos pintores, desdeñan-

mo un huésped predilecto. Aprovecha para estudiar el paisaje inglés y pintar algunas telas. Entre la relevante colección de las obras de Canaletto que se halla en Windsor, figuran dos telas con vistas del Tamesis. ¿Volvería a encontrar el recuerdo de su Gran Canal, o le retuvo los contrastes o más bien ciertas semejanzas sutiles?

Adora y se siente atraído por esa atmósfera gris, un poco opaca, tan diferente de la atmósfera plateada y transparente de Venecia. Abandona Inglaterra, donde debía volver una vez más, y se dirige al Adriático. Es en Venecia donde morirá el 20 de abril de 1768.

Aunque haya abandonado durante algunos años la villa de San Marcos, permaneciendo en Roma y en Londres, ella fue siempre la preterida. No se cansa de pintarla, no solamente para inclinarse ante los pedidos de sus admiradores, y si porque descubría una variedad prodigiosa de motivos. Todas las ciudades se transforman, según las horas y las estaciones que las esclarecen o ensombrecen; pero Venecia es un espejo particularmente sensible por las aguas que la rodean y la penetran, arrancándola de la inmovilidad, que es el destino ordinario de las ciudades de piedra, para darle esta ilusión del balanceo de las embarcaciones ancladas y mantener en esa esquadria tendida la esperanza de una nueva partitura. Para Canaletto, gran *vagabundeador* de canales, como todo veneciano, esta ciudad se metamorfosea por el movimiento incesante de sus barcazas cargadas de flores, de frutos, deslizándose en los canales, fiesta cotidiana para el pintor, y también a menudo, las grandes embarcaciones coradas, usadas en ceremonias brillantes, con sus magistrados de ropajes fastuosos, guiando cortejos o paseando las reliquias. Los grandes personajes recibidos en audiencia en el Palacio, desembarcan en las terrazas de los Esclavones, con su séquito de gondolas amarradas. Canaletto, que gustaba de la calma de los barrios solitarios, de los pequeños lugares ocultos, los canales ignorados, se avenía a veces a fijar el recuerdo de las regatas y de las recepciones, la imagen de sus gondolas decoradas con un lujo extravagante, el lento paseo de las procesiones, magestuosas, indispensables a ese cuadro magníficamente teatral que fué siempre Venecia.

Se pretende que ciertos personajes de sus cuadros fueron dibujados por Tiepolo. Lanzó, en su *Storia pittorica dell'Italia*, reproduce esa aseveración. En realidad, esas pequeñas figuras, como las de su sobrino, Bellotto, el otro Canaletto, en nada recuerdan la manera de Tiepolo. Sería absurdo, por otra parte, inferir por su talento de paisajista su incapacidad en componer sus personajes. Los más grandes maestros del paisaje fueron también admirables pintores de figuras. Poussin, por ejemplo, o de Breughel, y las de Canaletto se unen tan perfectamente a la construcción del paisaje, que ellas manifiestamente llevan la firma del artista que las colocó. Imaginar aquí la colaboración de dos pintores, es suponer que por reciprocidad, ciertos paisajes de Tiepolo han sido pintados por Canaletto, lo que sería asaz inverosímil. Cada uno tuvo su talento original, grande y personal, y nada nos autoriza a creer en los diéreses de



CANALETTO. — El Arno en Florencia.

mo un huésped predilecto. Aprovecha para estudiar el paisaje inglés y pintar algunas telas. Entre la relevante colección de las obras de Canaletto que se halla en Windsor, figuran dos telas con vistas del Tamesis. ¿Volvería a encontrar el recuerdo de su Gran Canal, o le retuvo los contrastes o más bien ciertas semejanzas sutiles?

Adora y se siente atraído por esa atmósfera gris, un poco opaca, tan diferente de la atmósfera plateada y transparente de Venecia. Abandona Inglaterra, donde debía volver una vez más, y se dirige al Adriático. Es en Venecia donde morirá el 20 de abril de 1768.

Aunque haya abandonado durante algunos años la villa de San Marcos, permaneciendo en Roma y en Londres, ella fue siempre la preterida. No se cansa de pintarla, no solamente para inclinarse ante los pedidos de sus admiradores, y si porque descubría una variedad prodigiosa de motivos. Todas las ciudades se transforman, según las horas y las estaciones que las esclarecen o ensombrecen; pero Venecia es un espejo particularmente sensible por las aguas que la rodean y la penetran, arrancándola de la inmovilidad, que es el destino ordinario de las ciudades de piedra, para darle esta ilusión del balanceo de las embarcaciones ancladas y mantener en esa esquadria tendida la esperanza de una nueva partitura. Para Canaletto, gran *vagabundeador* de canales, como todo veneciano, esta ciudad se metamorfosea por el movimiento incesante de sus barcazas cargadas de flores, de frutos, deslizándose en los canales, fiesta cotidiana para el pintor, y también a menudo, las grandes embarcaciones coradas, usadas en ceremonias brillantes, con sus magistrados de ropajes fastuosos, guiando cortejos o paseando las reliquias. Los grandes personajes recibidos en audiencia en el Palacio, desembarcan en las terrazas de los Esclavones, con su séquito de gondolas amarradas. Canaletto, que gustaba de la calma de los barrios solitarios, de los pequeños lugares ocultos, los canales ignorados, se avenía a veces a fijar el recuerdo de las regatas y de las recepciones, la imagen de sus gondolas decoradas con un lujo extravagante, el lento paseo de las procesiones, magestuosas, indispensables a ese cuadro magníficamente teatral que fué siempre Venecia.

Se pretende que ciertos personajes de sus cuadros fueron dibujados por Tiepolo. Lanzó, en su *Storia pittorica dell'Italia*, reproduce esa aseveración. En realidad, esas pequeñas figuras, como las de su sobrino, Bellotto, el otro Canaletto, en nada recuerdan la manera de Tiepolo. Sería absurdo, por otra parte, inferir por su talento de paisajista su incapacidad en componer sus personajes. Los más grandes maestros del paisaje fueron también admirables pintores de figuras. Poussin, por ejemplo, o de Breughel, y las de Canaletto se unen tan perfectamente a la construcción del paisaje, que ellas manifiestamente llevan la firma del artista que las colocó. Imaginar aquí la colaboración de dos pintores, es suponer que por reciprocidad, ciertos paisajes de Tiepolo han sido pintados por Canaletto, lo que sería asaz inverosímil. Cada uno tuvo su talento original, grande y personal, y nada nos autoriza a creer en los diéreses de

Los trabajadores y la guerra

La primera y fundamental razón de todas las guerras, que pretexto la necesidad de la defensa nacional, es que la mayoría de las personas, elevadas o bajas, son nada más que ladrones con un corazón que odia la tierra, la riqueza y la fama de sus vecinos. Pero a más de ladrones, son locos de atar. Y estos ladrones culpables, y la fuente única de todas las guerras más terribles, son precisamente los capitalistas. Mientras que en el suelo europeo la otra, y la verdadera guerra, se halla establecida entre éstos y el trabajador, tal como ellos la quisieron.

Tú tendrás que realizar tu trabajo lo mejor posible, tanto si has de vivir largo tiempo o morirte mañana. Y puede muy bien que se te condene a ello más temprano o más tarde. Pues, hombres han muerto por su país, sin reportarle bien alguno; tú prepárate a morir y, haciéndolo, sea para asegurarte un más alto bienestar, y así a todos los demás países con el tuyo. Pon todo tu ser, tu alma y tu corazón en la labor que te toque desempeñar; mas antes mira si ella es productiva y fructífera para los demás seres. Esto es, si es trigo, tela y etc., y no pólvora para los cañones y arsénico para usos mortíferos y ponzoñosos.

Pon atención y graba, fija en tu memoria estas palabras: *Antes deberás de afrontar la muerte más bien que dejarte doblegar, aviniéndote a construir, a fabricar mecanismos guerreros y artefactos micidiales.*

En estos tiempos no existe crimen físico y material que se halle más lejos de todo perdón — sin ningún paralelo en la culpabilidad — como el de prestarse a la fabricación de la maquinaria de guerra, o a practicar la invención de substancias tóxicas, letales y destructoras.

Dos naciones podrán llegar a la locura y pelarse como dos prostitutas; tú, que de la mesa les alcanzas el cuchillo para que del suelo levanten los seis peniques, ¿qué perdón hay para tí?

JOHN RUSKIN

VII carta dirigida a los trabajadores de Gran Bretaña (julio, 1871). "Fors Clavigers", Parte II.

J. Fabre, por Henryk HOLLARD

Los dos años que Fabre permaneció en Córcega pudieron aportarle otras revelaciones al naturalista. Es trepando a los peñascos, visitando las ensenadas de las costas rocosas de la isla cuando más se apasiona por la maravillosa variedad que ofrecen las espirales y las volutas de los caracoles. La conchiliología, se convierte en su campo de experimentación. Conchas y caracoles de agua dulce o de mar, y luego, de regreso al continente, coquillages fósiles de todas las edades, son reunidos en una bella colección para sus estudios comparativos. Geómetra consumado, experto en la espiral logarítmica, fué en Córcega donde estudió el genio arquitectural del molusco, lo mismo como estudiaría el arte geométrico de la araña, tejedora de sus telas. "Los cálculos infinitesimales de Leibnitz, le escribía a su hermano, te demostrarán que la arquitectura del Louvre es menos sabia que la del caracol; el geómetra eterno enroscó sus trascendentes espirales sobre el cascarón de este caracol, que no conoces, lo mismo como los profanos, sazonado con espinacas y queso de Holanda." El matemático se hallaba doblado de poeta. Es en Ajaccio (Córcega), que abriendo la exclusa del entusiasmo poético, en la contemplación de los cielos inmensos y de los torbellinos errantes en playas del vacío, escribió "El Número".

ese bello y sólido poema que canta el arithmos, armonía creada por el "geómetra eterno", "habe del dombro del universo", "regulando a la vez el tiempo y el espacio".

Es, en efecto, en 1855 que apareció en los "Annales des Sciences Naturelles", el estudio de Fabre sobre el *Cerceris tuberculata*. La historia maravillosa de esta avispa gigante produjo gran sensación en el mundo científico. Carlos Darwin se detiene a meditar, en el momento que concebía y redactaba "El origen de las especies", ante el bello descubrimiento de quien llamara "el observador inimitable", y fué obligado, en su lealtad científica, a principiar su capítulo sobre el instinto, por esta frase:

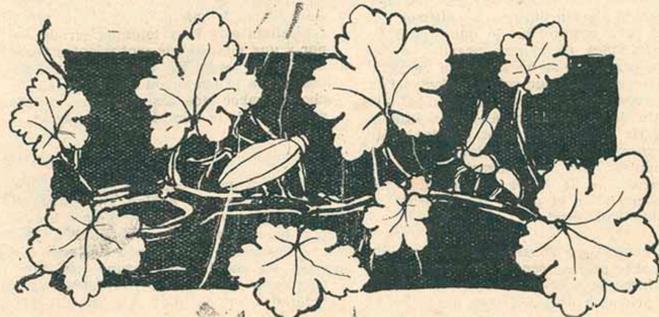
"Son numerosos los instintos que causan asombro y su desarrollo al lector le parecerá que son dificultades suficientes para derribar toda mi teoría."

He ahí lo que Fabre logró descubrir después de una larga serie de experiencias, — ¡y de cuántos fracasos! — desgraciadamente demasiado extenso de contar en el corto espacio de esta biografía. La cerceris tuberculata, la avispa gigante, alimenta su larva con gorgojos del género *curculionido*. Ella cava, en el terrón reservado a su larva en la pared vertical del talud. Concluido el alojamiento, se va de caza y en algunos minutos encuentra el gorgojo que le hace falta, mientras Fabre, en varios días, apenas si encon-

M. BRION

La obra de los gobiernos es cien veces peor que la del bandido de Sierra Morena. El bandido despoja preferentemente a los ricos; los gobiernos a los pobres, y además favorecen a los ricos, que les ayudan al crimen. El bandido no recluta a nadie por la fuerza, los gobiernos, sí.

TOLSTOY



traba dos o tres. Se abalanza sobre su presa, le inmoviliza la cabeza, después, curvando su abdomen encima de su víctima, le introduce su aguijón, siempre en el mismo sitio, entre los dos segmentos del tórax. El gorgojo cae fulminado, completamente inmovilizado, pero no muerto, simplemente paralizado. Entonces la depredadora, da vuelta su presa más pesada que ella, la ase de las patitas, vientre con vientre, la transporta al terrón y la arrastra para acostarla en el alojamiento preparado. Y allí la avispa pone un huevo, teniendo cuidado de colocarlo en el lugar más tierno de la faz ventral del gorgojo, en un punto especial, en las primeras bocas del gusano, no adherido sino a los tejidos adiposos y no a los ór-

ganos esenciales sobre la nueva vida que incubará. En tanto, la madre cierra el orificio y parte nuevamente de caza. Es que es necesario que la larva de la avispa se nutra no solamente de carne fresca, sino viviente. El gorgojo no morirá así más que cuando la larva se haya alimentado hasta sus últimos bocados. Se comprende entonces la doble necesidad de la parálisis total: la parálisis significa la inmovilidad absoluta, indispensable a la vida, de la larva, la que, incapaz del menor acto vital, sería lanzada lejos de su alimento por cualquier movimiento del gorgojo. Y la parálisis también es la vida, la carne viviente asegurada, hasta el último momento del período larvar de la avispa.

cos; el cambio de Guillermo II por Ebert o por un Hindenburg con gorro frigio, cuesta nada más que 2.000 millones de marcos más al año. Sólo las pensiones dan una cifra elocuente; en 1913 se pagaban al año 146 millones en concepto de pensiones nacionales; hoy la cifra es de 1.400 millones, de ellos 1.135 son pensiones militares. Es también curioso saber a quién van a parar una parte de esas pensiones: a nueve ministros del viejo ejército imperial, a 107 generales comandantes y almirantes, a 358 tenientes generales y vicealmirantes, a 958 mayores generales y contraalmirantes, a 1.498 coroneles y capitanes, a 2.729 mayores, a 9.514 oficiales superiores y a 18.501 oficiales de otras categorías. Esas cifras son sólo del viejo ejército imperial. El nuevo ejército nacional tiene también sus pensionistas: 4 generales, 28 tenientes generales, 52 mayores generales, 134 coroneles, 162 tenientes superiores, 207 mayores, 379 capitanes y 1.152 oficiales de otras categorías.

De la administración general del país retirán pensiones 21 secretarios de Estado, 6 de ellos de la cancillería nacional, 15 directores ministeriales, 27 presidentes y embajadores; el viejo ejército reclama de la administración general retiros y pensiones para 3.850 personas.

¿No es un honor trabajar para todos esos personajes que adoptaron el oficio de explotar y oprimir al proletariado?

Cuando se trata de inventar nuevas instituciones de Estado, hay que ser sinceros, los socialdemócratas marxistas con los supremos maestros. No queremos que garles ese título de gloria. Tampoco queremos rehusarles el honor de haber creado la república alemana y dentro de la república alemana un soberbio ministerio de finanzas. Ese ministerio de finanzas es algo maravilloso, genial, digno de sus creadores. Ocupa nada menos de 90.872 personas!

Supongamos que esos 90.872 funcionarios del ministerio de finanzas tienen mujer y dos hijos por término medio, tenemos la hermosa cifra de 363.488 personas que se nutren de los garabatos hechos en un solo ministerio nacional. Y los trabajadores piadosos dirán luego, al oír a un orador anarquista: ¡estáis locos! ¿qué sería de nosotros sin el Estado. ¿Es posible que no entren en la cabeza de los productores esas nociones del orden capitalista? ¿Es posible que pueda considerarse este régimen social como algo digno de ser conservado? Nada nos extrañaría que dijese los generales y oficiales pensionistas que vivimos en el mejor de los mundos, nada nos asombraría que los 90.872 funcionarios del ministerio nacional de finanzas de Alemania se aferrasen al orden actual; pero los pobres diablos que sudan de sol a sol para alimentar parásitos y vestir holgazanes, esos pobres diablos, ¿qué tienen que perder más que sus cadenas al intentar fundar una nueva vida?

DEL ORDEN CAPITALISTA

Cuando se reconoce el principio de autoridad, pueden tenerse las más santas intenciones, puede aspirarse realmente a un reino de Jauja en la tierra, no por eso la realidad será menos de opresión y de dominación del hombre por el hombre, con el cortejo de befezas que acompañan necesariamente ese estado de cosas.

A últimos de enero, los tribunales bolchevistas de Zaryzin condenaron a nombre del orden público a un grupo de obreros, acusados de pertenecer a una organización con propósitos de provocar huelgas, a penas monstruosas. Siete acusados fueron condenados a cinco años de prisión y a destierro perpetuo en el distrito de Transbaikalia, 16 personas fueron condenadas a destierro a Siberia. Los acusados no pudieron nombrar siquiera defensores.

Estos hechos no son nada raros en Rusia. Pero no es obscuro para que existan todavía en todos los países trabajadores lo suficiente débiles de espíritu, por no decir más, que prefieren la cuchilla del verdugo bolchevista a la del verdugo monárquico o burgués. ¿Qué podemos hacer para abrir los ojos a los que quieren ser voluntariamente ciegos? Dejemos a los ciegos voluntarios con su ceguera, pero al menos impidamos que se prediquen las bellezas del régimen cuartelero implantado por Lenin y compañía en Rusia como dignas de ser preferidas a las bellezas del régimen autoritario de cualquier otro país.

En Alemania la situación general presenta contrastes sumamente instructivos. Pero la servidumbre voluntaria, no es conmovida en modo alguno. En 1848 un campesino deseaba una república con un gran duque a la cabeza; esa república la tenemos hoy; el mariscal Hindenburg es presidente de la república alemana, y ciertamente aun no hemos advertido la diferencia que puede haber entre Ebert e Hindenburg, ni nos explicamos por qué se forman en las elecciones dos partidos o más. Sin embargo, la presidencia de Hindenburg nos ha dado oportunidad para conocer muchas cosas que la socialdemocracia hubiese silenciado, de estar en el poder. Por ejemplo el asunto de las reclamaciones de los ex príncipes reinantes, que suman muchos centenares de millones, palacios, tierras, etc. El gobierno socialdemócrata ha pagado en todos estos años rentas formidables a los príncipes. a sus queridas, a sus sirvientes, a sus numerosos hijos legítimos e ilegítimos. Los príncipes han mantenido con esas sumas todo un ejército clandestino fascista. Es algo que pone los pelos de punta: hay que conocer la miseria extrema del proletariado alemán durante los últimos seis años para comprender lo que significan los millones de rentas pagados a los príncipes, y eso se hacía por un gobierno socialdemócrata, que sabía perfectamente que esos millones eran el principal alimento de la reacción. Ahora se intenta recurrir a un referéndum popular sobre la expropiación de los antiguos príncipes reinantes, sin indemnización. Estamos seguros que de haber estado la socialdemocracia en el poder, esa decisión no hubiese sido aceptada.

Acaba de celebrarse en Munich un interesante proceso contra los acusados del asesinato de doce obreros en Perlach, en los primeros días del mes de mayo de

1919, durante la derrota de la república bávara de los consejos de obreros y soldados por las tropas de Noske. Ese episodio merecería un libro bien documentado. El Dr. Gumbel menciona el asesinato de los 12 obreros de Perlach por una banda militarista en su libro interesante sobre los cuatro años de asesinatos políticos en Alemania, advirtiendo que ninguno de los autores de esos hechos fué molestado y cuando es inevitable un proceso, como en este caso, los tribunales absuelven unánimemente a los acusados. Y lo más curioso es que el argumento principal que presentan los asesinos en su descargo es que obraban según órdenes de Noske; en las órdenes de Noske se apoyaron los asesinos de 505 presos durante la toma de Munich, de ellos 390 presos civiles. En esta cifra no se cuentan, claro está, los muertos en las luchas callejeras, ni los fusilados por habérselos sorprendido con las armas en la mano. Esa cifra se refiere sólo a los presos, a los arrestados como sospechosos de abrigar simpatías por la revolución.

La absolución de los dos oficiales procesados por los asesinatos de obreros inermes de Perlach, Polzing y Prülfer, es un signo legítimo del orden capitalista. ¿Tenemos derecho a protestar cuando lo leramos el capitalismo de Estado?

Otro hecho interesante que nos proporciona la prensa alemana es el del amotinamiento de marinos en octubre de 1918, cuando los magnates de la flota alemana se disponían a perturbar las negociaciones de paz con una batalla naval desesperada. Los marinos rehusaron obedecer cuando se les dio la orden de partir, los fogoneros apagaron los fuegos de las calderas. Esa rebelión a última hora fué un hecho grandioso; algunas cabezallas fueron fusiladas, suponiéndoseles en comunicación con el partido socialista independiente. Uno de los jefes de ese partido, Dittmann, acaba de demostrar que el partido socialista independiente no tenía nada que ver con esa rebelión, que fué un gesto espontáneo de los marinos. En el proceso de la puñalada por la espada, en Munich, se ha demostrado hasta la convicción el patriotismo de la socialdemocracia mayoritaria; el discurso de Dittmann en el comité parlamentario para la investigación de los sucesos de la marina de 1917-18, ha demostrado que el partido socialista independiente no estaba peor inspirado que los mayoritarios para la defensa de la patria y el aseguramiento del orden público. Para todos los matices del socialismo alemán, el fomento de una insurrección contra la guerra o contra el orden capitalista está muy lejos de ser un honor y una nota de sus sentimientos proletarios; ahí están sus discursos apasionados contra la acusación que se les ha hecho de haber sido los causantes, con su agitación, de la pérdida de la guerra!

Sobre el orden capitalista no terminamos nunca de hablar. Sin embargo, hay que mencionar los progresos hechos por la Alemania republicana. En 1913 el presupuesto del Estado nacional, sin tener en cuenta los presupuestos particulares de cada una de las monarquías federadas, era de 3520 millones de mar-

Vergüenzas contemporáneas La penuria de la habitación como problema sexual

Conferencia en la Sociedad para la reforma sexual, Berlín

(Continuación)

En un viaje de estudio que emprendí en 1921 por la comisión de socialización se me quejaron las oficinas de la habitación en todas las ciudades que visité sobre el empeoramiento de la moralidad a consecuencia de la carencia de viviendas. Se hacía resaltar que no era posible ordenar los W. C. de modo que correspondieran a las más elementales exigencias de la moral y de la higiene, que en el reparto de las habitaciones no podía tenerse en cuenta la separación de los sexos y de las edades según los conceptos normales de decencia.

En Senftenberg encontré familias viviendo en las cocinas para lavar, en buhardillas, en sótanos y chozas de madera. Dormían en un cuarto de a cuatro y de a cinco, en cuartos tan pequeños que dos camas tenían que ser superpuestas; en la de arriba dormían los niños, en la de abajo los padres. Jóvenes matrimonios vivían tras paredes de madera agujereadas y agrietadas. Se había perdido el hábito de molestarse en disminuir sus actos más íntimos. En una barraca vivía un matrimonio con cuatro hijos del primero y del segundo matrimonio, en solo dos cuartos, uno de ellos tan pequeño que no podía colocarse en él una cama; dormían pues seis personas en una habitación; los padres, dos hijas de 8 y 22 años, dos hijos de 12 y 24 años. En las barracas de la sucursal Marga de la Ilse-Bergban A. G. de Senftenberg los tabiques interiores eran tan delgados que el vecino oía todo murmullo. Solteros y familias vivían vecinos y se habían agujereado diversamente los tabiques. Se había por fin cesado de taparlos con papel: "No tiene objeto", decían. En Magdeburg encontré una habitación de patio en el entresuelo, Cuarto y cocina. El marido de 31 años, la mujer de 27, el hijo menor de medio año, el mayor, una muchacha, de 9 años. La muchacha de 9 años dormía con un cuñado de 19. En la misma ciudad se quejaba amargamente la inquilina de una habitación de la vieja playa de los pescadores, una viuda, de que sus hijos, una muchacha de 12 años y un niño de 11 podían ver y oír la vida y los manejos de las prostitutas que vivían en la misma casa. De la oficina de la habitación de Magdeburgo oí que la hija de 12 años de un propietario de casa había sido extraviada sexualmente por el hijo de 9 años de la familia alojada allí por la oficina de la habitación. En la casa de la calle Lodischehof, 25/27 había

en el estrecho patio tres excusados para 27 familias. En Burg, cerca de Magdeburgo, encontré en la calle Brüder, 30, una familia de nueve miembros, los padres y siete hijos cuya edad variaba entre 9 semanas y 21 años; toda la familia disponía sólo de una habitación con cuatro camas; el hijo mayor, de 18 años, las hijas de 16, 17 y 21. En Brandenburg (Havel) habitaba en la calle Linden un matrimonio con cinco hijos, dos hijas de 9 y 11 años y tres hijos de 15 a 19). El problema de la cama se resolvió acostando juntos al joven de 17 años son la muchacha de nueve.

Ustedes podrían decir: esas son circunstancias que ha provocado la revolución. Pero escuchen cómo estaban las cosas mucho antes de 1914:

En un escrito aparecido en el "Neuen Frankfurter Verlag" describe Nicolaus Joniak la miseria de la habitación obrera en el distrito industrial de Renania y Westfalia. "Entramos en uno de los famosos cuarteles de inquilinos de los que existen tan abundantes en el distrito industrial de Renania-Westfalia. Toda la casa se compone de departamentos de dos y tres habitaciones. Casi el 40-50 ojo de las viviendas obreras están formadas por dos habitaciones, habitadas por familias de seis y diez miembros y que además alojan dos o tres huéspedes. En una habitación de dormir con dos camas, raramente aireada y limpiada y cuya ropa de cama se parece a trapos malolientes, duermen a menudo hasta 10 personas. Cuatro niños en una cama, dos a la cabecera y dos a los pies, sin consideración al sexo ni a la edad. ¡Cuántos dormitorios hay además en que se duerme en sacos de paja, en tarimas de madera! La situación es empeorada aún por el hecho de que además de los miembros de la familia son albergados algunos huéspedes que, arrojados de todos los países, están en el más bajo nivel de cultura. La brutalidad contra las mujeres apenas salidas de la niñez se manifiesta en toda su desnudez y llega al punto culminante cuando en la familia hay hijas mayores. Los padres toleran que sus hijas hagan vida de burdel con los huéspedes. Me son conocidos innumerables casos en que mujeres de casa mantienen relaciones sexuales con los huéspedes con ausencia de sus maridos. Si los esposos trabajan de noche, los huéspedes substituyen sus funciones conyugales en su ausencia." — "Hace unos años, dice Joniak, se ordenó policialmen-

te que los huéspedes deben poner a disposición de cada huésped una cama y un lavatorio y que sus dormitorios deben estar separados de los del hospeder. Antes era regía que una habitación con dos camas fuera habitada por lo menos por cuatro, pero muy frecuentemente por seis y ocho personas. Si una parte de ellas trabajaba de noche, ocupaba las camas por el día la otra y al contrario cuando ésta trabajaba ocupaban la cama los demás. ¡Familias con una media docena de niños y además un número parecido de huéspedes en un domicilio de a lo sumo tres habitaciones! La ordenanza quedó en su generalidad en el papel."

Joniak describe: "En el pueblo industrial B. junto al Rhin, poblado casi exclusivamente por obreros extranjeros, fué llamada la partera a altas horas de la noche para prestar su ayuda. Espectáculo: una vivienda obrera compuesta de dos habitaciones, cuyo dormitorio compartía la madre (el padre estaba hacía tiempo en prisión), una hija crecida que daba a luz, dos hijas menores y dos huéspedes polacos. La madre y los dos polacos terriblemente borrachos. La botella de licor giraba. Camas no existían; se dormía sobre paja. La hija mayor gritaba de los dolores del parto, la menor sollozaba de miedo y de vergüenza. Como los dos individuos respondieron con risas a la incitación de la partera de que se aljaran, tuvo que marcharse sin prestar su ayuda, a informar al médico competente."

Joniak cuenta: "Un obrero polaco es sorprendido in flagranti al regreso del trabajo nocturno de su colega y compañero de pieza, con la mujer de éste. No hubo irritación alguna. — ¡Camarada, eso te cuesta medio litro! — fué la tranquila objeción del marido." Esto ocurría antes de la guerra. ¿Hay alguien entre nosotros que crea que la guerra y los años siguientes de miseria y de subversión han mejorado las condiciones de la habitación en Renania-West-

falia, que han ennoblecido a los hombres? Respondo que el *Neue Tageblatt* de Waldenburg escribe así sobre las condiciones de la habitación en el distrito industrial de Waldenburg (20 de marzo de 1925): "El tipo predominante de vivienda, es la vivienda de una habitación; obsérvese bien, una habitación sin cocina ni otro espacio adyacente. En esa habitación transcurre la vida entera, desde el engendramiento hasta la muerte. Y con frecuencia se suceden en esa vivienda dos o tres generaciones. El número de las viviendas de una habitación era antes de la guerra en algunas localidades mayor del 90 ojo, en la ciudad de Waldenburg, que está culturalmente muy elevada, esa cifra es de 76-80 ojo."

Eso en provincias. Para Berlín los cito sólo dos casos que me han sido comunicados hace unos días por gentes de confianza:

"En la calle Zorndorfer, 37, primer cuerpo interior, habita en una habitación con una pequeña cocina un matrimonio y dos hijos, una muchacha de 10 años y un muchacho de 8. Como subinquininos habitan allí la hermana menor de la mujer y su esposo. La hermana, está en cinta. Esos seis personas duermen en dos camas. El marido es cerrajero, pero sin trabajo desde hace mucho; padece de gonorrea. Ha infectado a su hija de diez años.

En la calle Konisberger, 37, primer cuerpo lateral, habitaban en 1920 nueve personas en una habitación y una cocina: el padre de 48 años, la madre de 46, cuatro hijas de 20, 19, 18 y 15 años, tres hijos de 16, 11 y 8 años. Sociológicamente es muy interesante ver lo que ha sido de esa familia en el curso de estos cuatro años — en primer lugar a causa de la miseria de la habitación.

El padre abusó de su hija de 17 años y cayó en la cárcel por delito de incesto; actualmente se encuentra en el manicomio de Herzberge. La madre se alimenta como trapera. La hija mayor se casó y vive en el domicilio mencionado de sus pa-

dras. La segunda hija, hoy de 23 años, está también casada; habita en el sótano del cuerpo interior de la misma casa, no trabaja y busca su vida durante la noche. Su esposo está en la cárcel. Con ella vive la tercera hija de 22 años; prostituta con cartilla y desaparecida desde hace poco. La menor, de unos 20 años, ha escapado del correccional de menores. La última noticia suya vino de Italia, donde ambulaba con un grupo como danzarina. El mayor de los hijos, de unos 20 años, está cobijado en un buen puesto en el campo de Pomerania. El hijo menor, de 14 años, estuvo también en el campo, pero hoy se encuentra con la madre que habita en un sótano tenebroso de la calle Konisberger con su abuela de 86 años y un hermano. Las cuatro personas duermen en dos camas.

Según las noticias de la Beneficencia pública tales casos no son raros. Las cifras de Alberto Kohn, mencionadas al comenzar mi conferencia, demuestran cómo están las cosas en Berlín. Esos números son más tristes cuando sabemos que los médicos escolares de Berlín han calificado al 25 por ciento de los escolares berlineses como necesitados de reponerse.

"En un cuerpo sano vive un alma sana." Vieja verdad que, naturalmente, tiene sus excepciones. Pero la regla es que la salud corporal y la capacidad de resistencia presta también fortaleza moral. Leamos desde este punto de vista el escrito aparecido en 1923 del alcalde de Berlín Boss: *Die Not in Berlin*, como han sufrido los niños por falta de alimento durante y después de la guerra:

Los signos de la disminución de la capacidad espiritual e intelectual fueron dados a conocer por las escuelas y establecimientos de enseñanza: mareos, dolores de cabeza, irascibilidad y movilidad excesiva, falta de capacidad de concentración y de fuerza de voluntad, disminución de la capacidad perceptiva, desvanecimiento de los conceptos morales, propensión a la mentira y deshonestidad, defec-

ciaciones, meter en la cárcel a todos los que piensan... César (*negociante*). — Poco a poco, no se deje llevar de la pasión. Recuerde que otros gobiernos y en tiempos más propicios han adoptado los métodos que usted aconseja... y han precipitado su caída.

Ambrosio. — Silencio, silencio; he ahí a Miguel que viene con un anarquista a quien condené el año pasado a seis meses de cárcel por un manifiesto subversivo. En realidad, sea dicho entre nosotros, el manifiesto estaba hecho de modo que las leyes no habrían podido echarse encima, pero, ¿qué quieren? La intención delictuosa estaba allí... y además la sociedad debe ser defendida!

Miguel. — Buenas noches, señores. Les presento un amigo anarquista que ha querido aceptar el desafío lanzado la otra noche por el señor Próspero.

Próspero. — ¡Qué desafío, qué desafío? Se discute así entre amigos para pasar el tiempo. Por tanto, usted se explicará sobre lo que es esa anarquía de la cual no hemos podido comprender nunca nada.

Jorge (*anarquista*). — No oficio de profesor de anarquía y no vengo a darles un curso de anarquía; pero en suma, mis ideas puedo defenderlas. Por lo demás aquí está ese señor (*señalando a Ambrosio en tono irónico*) que debe saber más que yo. Ha condenado tanta gente por anarquismo y como, ciertamente, es hombre de conciencia, no lo habrá hecho sin haber estudiado previamente el argumento.

César. — Vamos, vamos, no hagamos cuestiones personales... Y ya que debemos hablar de la anarquía, entremos pronto en el asunto.

Vea, yo reconozco que las cosas van mal y que es preciso remediarlas. Pero no hay que caer en utopías y sobre todo hay que huir de la violencia. Ciertamente el gobierno debería preocuparse más a fondo de la causa de los trabajadores; debería procurar trabajo a los desocupados, proteger la industria nacional, estimular el comercio. Pero...

Jorge. — ¡Cuántas cosas quisiera usted hacerle hacer al pobre gobierno! Pero el gobierno no quiere preocuparse de los intereses de los trabajadores y se complace...

César. — ¡Cómo se comprende? Hasta ahora el gobierno se ha mostrado verdaderamente incapaz y tal vez poco voluntarioso para remediar los males del país, pero mañana ministros instruidos y celosos podrían hacer lo que no se hizo hasta aquí.

Jorge. — No, querido señor, no es cuestión de un ministerio o de otro. Es cuestión del gobierno en general; de todos los gobiernos, del de hoy como del de ayer y como del de mañana. El gobierno emana de los propietarios, sus miembros son ellos mismos propietarios; ¿cómo podría, pues, obrar en interés de los trabajadores?

Por otra parte el gobierno, aunque quisiera, no po-



Errico Malatesta (2)

EN EL CAFÉ

¿Qué querías tú? que me despojase de lo que tengo para podrirme luego en la miseria mientras otro gozaría de mi dinero?

Miguel. — No quiero precisamente eso. Pero pienso: ¿si los trabajadores aprovechándose de que son muchos y apoyándose en su teoría de que la vida es lucha y de que el derecho se deriva de los hechos, se metiesen en la cabeza la idea de hacer un nuevo "hecho histórico", el de quitarles a ustedes la tierra y el capital e inaugurar un derecho nuevo?

Próspero. — ¡Eh! es verdad, eso podría embrollar un poco nuestros negocios.

Pero... continuaremos otra vez. Ahora tengo que ir al teatro.

Buenas noches a todos.

II

Ambrosio (*juéz*). — Escuche, señor Próspero, ahora que estamos entre nosotros, todos buenos conservadores. La otra noche, cuando hablaba con ese cabeza hueca de Miguel, no quise entrometerme; pero, ¿es aquél modo de defender las instituciones? ¡Casi casi parecía usted anarquista!

Próspero. — Oh, ¿y por qué?

Ambrosio. — Porque decía, en sustancia, que toda la organización presente de la sociedad está fundada en la fuerza, dando así razón a los que quisieran destruirla

Por otra parte el gobierno, aunque quisiera, no po-

